

# Ruido sin nueces

MANUEL MONTERO

Llevamos meses en que se elevan a categoría las deducciones de los hermeneutas que ven en cualquier frasecita ambigua despegues definitivos del terror. Es absurdo: si ETA ha decidido abandonar tiene la capacidad de decirlo claramente

**E**l griterío hace las veces de nueces. No hay novedades en la costa vasca, pero la parafernalia que se organiza con cualquier nimiedad es la de los grandes acontecimientos bíblicos. El comunicado de los presos se ha saludado como si llegase Moisés bajando del Sinaí con las tablas de la ley: como si exigiese a ETA que echase la toalla, «un paso decisivo», «piden el final de la violencia», «un paso significativo hacia la paz». Nada hay en el texto nada que justifique tal lectura. Lo único que se desprende es que exigen la amnistía total ya, que tampoco es una primicia –al margen de que indica un buen despiste sobre cómo están las cosas–. Por lo demás, vienen a afirmarse como un colectivo unido y dispuesto a seguir la estrategia del Acuerdo de Gernika, que no exige la disolución de ETA y cuenta con su aval, pues apoya la estrategia Bildu. Sin atisbo de ruptura con la organización terrorista, algunos acogen el comunicado como el maná que anuncia el final de la opresión terrorista. Ya son ganas de ver las cosas a la carta.

Dicen los mentados presos que quieren impulsar el «proceso democrático» hasta el final, pero por los prolegómenos sabemos que el sintagma 'proceso democrático' no tiene nada que ver con lo que el común entiende por democracia y sí con el desarrollo inmediato de las aspiraciones soberanistas.

Llevamos meses en que se elevan a categoría las deducciones de los hermeneutas que ven en cualquier frasecita ambigua despegues definitivos del terror. Es absurdo: si ETA ha decidido abandonar tiene capacidad de decirlo claramente, sin marear la perdiz; si no lo dice (y dice lo contrario) no hay razón para suponer que calla por vergüenza o que nos miente. Si los presos quieren que el terrorismo desaparezca, que lo digan sin circunloquios ni espacios para las interpretaciones, que en estas materias lo lían todo. Si el Acuerdo de Gernika quisiera la disolución de ETA podría escribirlo claramente, sin la hojarasca que asocia el fin de la violencia al logro de las reivindicaciones soberanistas, que es con lo que viene a identificar la paz.

La presunta conversión del mundo de Batasuna a la democracia se nos está suministrando a cuentagotas, que es una forma extraña de democracia, como si ésta pudiera existir a poquitos, por entregas. Una democracia a fascículos.

No importa: nos hemos instalado en el entusiasmo, fascinados por la gestas de Bildu, que se diría ha venido a salvarnos. Lo de menos es que no haya nueces, pues se impone el ruido cotidiano. Día tras día los demócratas –nacionalistas y no nos aseguramos a nosotros mismos que estamos «más cerca de la paz», que vivimos en un «irreversible proceso de paz». Se repiten estos sonsonetes una y otra vez, como para convencernos a fuerza de repetírmolos. Se dice sin pruebas, pero todo esto

es un asunto de fe y la fe no las necesita. Hay argumentos para asegurar que la cercanía de la paz queda lejos, pero la repetición constante de la euforia crea estado y sustituye a la realidad.

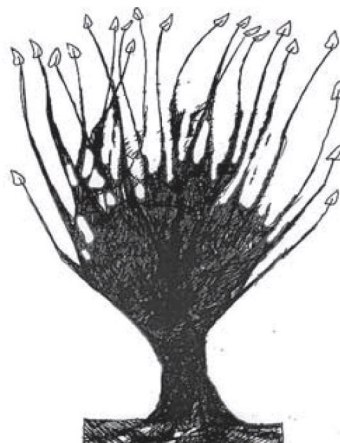
La forma en que se ha gestado esta conciencia ambiental presenta una característica que la hace peligrosa. Se presenta el inminente fin de ETA como un fenómeno político, logrado por la gestión y habilidad de los políticos, que han tomado decisiones políticas que a su vez han forzado nuevas circunstancias políticas. Este esquema contraría las evidencias. ETA está más débil que nunca, pero se debe básicamente a la eficacia policial y, cuando la hubo, a la contundencia judicial. Esto, que es fundamental, se tiende a obviar: se calla.

Por contra, en la versión dominante ETA se aproxima al final como una opción política a la que ha llegado por medidas políticas y la persuasión de los políticos. Evidentemente, las cosas no están sucediendo así: solo en la palabrería. Es como si se hubiese asumido el supuesto terrorista de que a ETA no se le puede derrotar policialmente, por lo que su final será político o no será. La fuerza de los mitos es tal que aunque sucediese lo contrario se le buscaría una explicación contrafactual: política.

Lo anterior tiene otra consecuencia, grave. Tal y como se ha concebido históricamente el final del terror –el guión que se está siguiendo–, en el estertor final ha de mediar alguna medida política. Es lo que parecen creer los presos de ETA, ETA e incluso los firmantes demócratas del Acuerdo de Gernika: que estamos en un proceso que incluirá necesariamente la amnistía, la autodeterminación, la territorialidad. El soberanismo ya y como punto de partida de la auténtica democracia, o sea la paz. La paz vasca es un concepto discutido y discutible.

Da la impresión de que Bildu y los próximos piensan que ETA ya ha dado los pasos que por ahora le tocaban. Que le toca mover ficha a la otra parte (el Gobierno, el Estado, la democracia, el PSOE...) Que la pelota está en este tejado y que si el proceso no sigue, la culpa será no del terrorista sino de la contraparte.

Están actuando como si estuviese abierto un proceso de negociación: yo doy algo (o lo parece) y te toca ceder, y así sucesivamente hasta la victoria final. Quizás hay un malentendido, pues, por lo que sabemos, no hay negociación. Ahora bien: si ETA piensa que la hay, este momento es delicadísimo, ante el probable cambio de Gobierno en España. Si los terroristas, una vez más en el error, creen que están en un proceso negociador, ¿no intentarán que el partido gobernante dé algún paso sea como sea, antes de que deje de serlo?, ¿tendría alguna capacidad de influir en la alternancia?, ¿no considerarán roto el 'proceso irreversible de paz' si esta se produce?, ¿en ese momento revertirá el proceso irreversible?



:: JOSÉ IBARROLA